

LA RAMA DE MUÉRDAGO

Dando de lado toda clase de prejuicios, justo es confesar que los miñones constituyeron sin duda alguna una de las macas más repugnantes de aquella época, fértil como ninguna en monstruosidades de todo género. No había quien no se sintiese asqueado al ver pasar por las calles á todos aquellos jóvenes afeminados, cuyos cabellos se rizaban, como los de las damas, en torno á las tocas de terciopelo. Llevaban el rostro cargado de afeites, los ojos alargados químicamente, y perfumada la sobreveste que adornábase además con riquísimos encajes, muestras, como las numerosas sortijas que brillaban en sus dedos, de la gratitud que merecían á los príncipes viciosos sus nefandas complacencias.

Sin embargo, — ya creemos haberlo dicho antes — estos entes originales, gentileshombres por su nacimiento, no retrocedían nunca en presencia del peligro.

Eran bravos por atavismo, por convicción y por naturaleza, y aun cuando gustaban de las dulzuras de la vida, despreciaban lo bastante la muerte para desafiarse diariamente en encuentros que motivaba el pretexto más fútil.

Producíanse estos jóvenes, por extraño maridaje de condiciones físicas y morales, como golosos á la vez de los placeres y de la espada, llamándose entre ellos los « menos el honor » en recuerdo de la frase pronunciada por Francisco I después de la batalla de Pavía.

Mostrábanse indiferentes á la pérdida de todo lo que un hombre puede perder, excepto á la del honor. Y no estará de más que hagamos constar aquí, que los miñones de que hablamos daban á la palabra honor un sentido muy diferente del que tiene en realidad.

Eran tan frecuentes las batallas entre los favoritos del rey y los del duque de Guisa, que acostumbrado el buen pueblo á verlos reñir y matarse, habríase sorprendido en gran manera si hubiera podido enterarse de que ambas bandas fraternizaban en casa de la Pulpa.

La enemistad de los miñones de los dos Enriques sólo en público se manifestaba, y para recordar que pertenecían en cuerpo y alma á dos príncipes rivales les era necesaria la curiosidad de una asamblea reunida en torno á ellos.

Como sucede con dos naciones vecinas cuando reina la paz, los miñones de ambos príncipes comerciaban entre ellos; pero si un relámpago cualquiera atravesaba de pronto aquella atmósfera tranquila, desencadenábase la tempestad y ardía la guerra. Entonces los

miñones dejaban de serlo para no ser más que hombres que se detestan; brillaban al aire dagas y tizonas, corría la sangre, y eran recogidos unos cuantos heridos y también á veces, alguno que otro muerto.

Al inaugurarse el establecimiento de la Pulpa, que como ya dijimos se hallaba situado junto al Prado de los Clérigos, en el que era fácil el batirse después de las libaciones, la casa de las Miñonas fué escogida por las dos bandas de común acuerdo como una especie de terreno neutro. Allí se reunían, creyéndose seguros bajo la custodia de la enorme mujer, experta metamorfoseadora de pícaras en señoritas para el servicio de escolares, gentes de justicia y señorones, y allí, prescindiendo en absoluto del fastidioso embarazo de la corte, érales posible acariciar á las muchachas alegres; recreo que estábales prohibido, distracción que no les hubiera sido tolerada de ser conocida en la corte.

Acabamos de asistir á una de esas reuniones. Todo en ella había ido como una seda hasta el momento de la llegada del primer gentilhombre de cámara, duque de Saboya-Nemours. Lo que este refirió de los proyectos de la reina madre de casarlo enseguida, había enfriado algo la atmósfera de camaradería que animara hasta entonces la reunión de los miñones.

Sin embargo, la querrela entre ellos no habría estallado por tan poca cosa. Pero los comentarios malévolos formulados por Rolando y la exposición que éste hizo de sus intenciones para lo porvenir marcaron una línea divisoria entre ambas bandas rivales. Y ya iba Carlos de Entragues á imponer por la fuerza silencio

al impudente prócer, asqueado por su cínica crueldad, cuando se produjo el incidente de la pared derrumbada y la brusca aparición de Sed de Amor.

No es posible explicar el estupor de todos los allí presentes al escuchar de labios de aquel extraño los vibrantes apóstrofes con que flageló la conducta del de Nemours y las palabras de profundo desprecio que le inspiró su indignación. Por mucho menos que eso hubieran salido en cualquier otra ocasión las dagas de sus vainas respectivas, para ir á sepultarse, sin otra forma de proceso, en el pecho del insolente presuntuoso.

Así creyó de Entragues que sucedería también en aquella ocasión; y tan convencido estaba de ello que dió un paso hacia adelante para oponerse al asesinato del desconocido. No tuvo sin embargo necesidad de intervenir, porque nadie pensaba en desenvainar el acero.

Todas las pupilas, dilatadas por la sorpresa, dirigíanse simultáneamente de la cara del duque á la del recién llegado y de la de éste á la de aquél. Hubiérase dicho que la cólera cedía el paso al asombro. Oíase á algunos decir en voz baja:

— ¡Es extraño! ¡Muy extraño!

De Entragues fué el último en enterarse de lo que ocurría. Cuando se enteró á su vez, quedó, como los otros, confundido.

Extraño era en efecto. La semejanza, el parecido físico de aquellos dos hombres era tan extraordinario que hubiérase dicho que el mismo molde había servido para formar las dos caras. Sin la mirada, en la que

según se dice se refleja, el alma, ninguna diferencia esencial hubiera podido hacerlos distinguir uno de otro.

Sed de Amor, cruzado de brazos, permanecía en actitud de desafío, dejando que los circunstantes le contemplasen á su antojo.

Comprendía que su parecido con Rolando era el único motivo de la tregua que al parecer se le acordaba.

El mismo Rolando, al contemplar á plena luz el rostro de su adversario, hubo de experimentar la misma impresión que experimentaban sus amigos, aunque en grado mucho mayor que éstos. Tan grande debió ser, que sus labios se agitaron, y el enano Chicot creyó oírle murmurar esta frase incomprensible :

— ¿Habrás tenido otro hijo Phtah? Porque éste parece hermano mío, y si no supiera que René duerme en el fondo del lago...

El pabellón auditivo de Chicot era tan amplio como sensible debía ser su tímpano; sin embargo, el enano se resistía á creer sus oídos. El duque era huérfano, hijo único, cosa que sabía todo el mundo, que habíase repetido mil veces con motivo de su pleito, y que había motivado que este fuese fallado en su favor... ¿Cómo, siendo esto así, hablaba de un hermano?

Mientras Chicot se perdía en un mar de confusiones, Rolando tuvo tiempo de recobrar su aplomo.

— Miñonas mías, — dijo dirigiéndose al grupo de mujeres en éxtasis ante Sed de Amor, — la noche va á terminar, y aun cuando nada tenéis que temer de la luz del día, los primeros fulgores de la aurora no sien-

tan bien á aquellos cuyos párpados no dilató el sueño. Id pues á cubrir con una ligera capa de polvos vuestras caritas sonrosadas.

Tales palabras eran una orden. La condesa Ayela, coqueta experta, fué la primera en obedecerla, y las demás se retiraron tras ella, enseguida, comprendiendo más ó menos vagamente que una calurosa explicación iba á producirse entre los cortesanos y el orgulloso joven escupido por la pared para reprocharles su cobardía.

Aprovechándose del momento de confusión ocasionado por la retirada de las miñonas, Chicot, empujándose cuanto pudo, deslizó en el oído del señor de Balzac estas palabras :

— Observad bien, conde...

— ¿El qué? — preguntó de Entragues también en voz baja,

— El sombrero de ese joven capitán.

— ¿Qué ves en él de particular?

— Esa rama...

— ¡Hola, hola, hola! — dijo por tres veces el conde : — ¿sería él acaso?...

Salidas las miñonas, y dueño en absoluto de sí mismo, Rolando continuó con fría impertinencia :

— Deseo señores que me deis vuestro parecer; ¿debo hacer que arrojen al Sena á este empolvado caballero, ó le reservo el honor de la estocada avanzando del maestro la Fraicheur?

Sed de Amor, que no estaba en efecto muy presentable, murmuró sonriendo :

— El Sena es un arroyuelo bueno para intimidar á los niños; sin embargo, no me iría mal un baño, aunque antes de beber desearía satisfacer un poco mi apetito.

Y esto al decir sus miradas fijábanse obstinadamente en la mesa. Chicot dijo al oído de de Entragues:

— El mozo tiene un hambre que no ve.

Maugiron contestaba en aquel momento á la consulta de Rolando.

— Yo creo, — dijo, — que no te es permitido cruzar el hierro con un villano.

— Tienes razón; — afirmó el prometido político de la señorita de Villanueva-Marsán. — Sin embargo, sepamos antes... Dime, — añadió dirigiéndose á Bernardo — ¿tienes cuarteles en tu escudo?

— Lo que tiene este gentilhombre es hambre ¡cuerpo de Dios! — dijo Chicot interrumpiendo. Dejémosle que la satisfaga, que una vez dueño de todas sus facultades ocasión será de que dé cuenta de sus palabras, si es que cree que debe darlas.

Sentado á la mesa por de Entragues y Chicot, Sed de Amor devoró con voracidad, más que con apetito, cuanto la bella Fiamma, que no había seguido á sus compañeras por gozar de ciertas prerrogativas, como protegida que era de Selem-Kébir, el físico pagano del canciller, quiso ponerle por delante.

— Si maneja la espada con tanto brío como los dientes, — observó Livarot — ya tendrá que hacer su adversario.

— ¡Bah! — repuso Maugiron. — Hace bien en atra-

carse; como Nemours quiera, tiene por delante la eternidad para hacer la digestión.

Bernardo oía estas y otras observaciones sin emoción alguna aparente. La famosa estocada avanzando le impresionaba tan poco como la perspectiva de un chapuzón en el Sena. ¿Tenía esta hermosa confianza como punto de apoyo la indiferencia por lo porvenir, ó era no más fatuidad, común á todos los jóvenes no educados en la ruda escuela de la experiencia?

Fiamma, que le conocía desde muy poco tiempo, desde algunos momentos antes, hubiera podido asegurar que no era la fatuidad propia de quien no ha sufrido, la que inspiraba su confianza á Bernardo. Este había amado, sufrido y vivido ya, doble por lo menos que los hombres de su edad, por lo que, salido apenas de la adolescencia, hallábase en posesión de la fuerza de la edad madura, y de la experiencia que parece ser patrimonio tan sólo de la vejez.

En cambio Fiamma no os hubiera confesado — tal vez por ignorarlo aún ella misma — que aquel hermoso desconocido acababa de hacer vibrar en su corazón un sentimiento nuevo para ella, una pasión tan violenta como espontánea. De ello habríase percatado Matraca, el calmo escudero, de encontrarse allí presente, porque bien se le alcanzaba á él que ninguna mujer, pícara ó alta dama, era capaz de resistir á la irresistible mirada de su amo. No hay modo de eludir el destino, y el de Sed de Amor era el de ser amado.

Completamente satisfecho su estómago, vació nuestro caballero el último vaso, retorció un poco las guías del

bigote, y dando las gracias á Fiamma con una sonrisa se levantó y fué de nuevo hacia el duque.

El grupo de miñones se formó de nuevo, como antes, en torno de ellos.

Aunque el intermedio sólo había durado el tiempo indispensable para que nuestro caballero recobrase las fuerzas perdidas por un ayuno prolongado, el sol naciente proyectaba ya sobre el río como una larga aguja de sombra, producida por la calada torre de la Santa Capilla.

El arrabal en que se encontraba la casa de las Miñonas, como apartado del centro, animábase algo tarde; y como por otra parte nadie llegaba del lado de París, era fácil y cómodo ver cómo se abría la puerta principal de minuto en minuto para dar paso á una silla de manos que se alejaba enseguida en dirección á la Puerta de Nesle, ó bordeando la arena. Así salieron hasta tres, y luego, á pie y cubiertas con mantos, tres mujeres tomaron á su vez idéntico camino. Eran las miñonas que salían en busca de sus domicilios respectivos. La condesa Ayela de Givors el Louvre, pues tenía un taburete cerca de la reina Luisa, lo cual quiere decir que era dama suya; las señoritas de Limeuil y de Saint-Remy el hotel de Soissons, y por último, Isis la hermosa, Faustina y Mariola, su albergue ordinario en la Corte de los milagros.

Inútil nos parece explicar que en el establecimiento de la Pulpa había una sala de espera, especie de cuerpo de guardia, en el que las gentes de servicio podían comer y beber en tanto sus amas y amos divertíanse

de lo lindo en la parte más retirada de la casa.

En el momento mismo en que por la puerta principal, esto es, por la de árabe arquitectura, salían las miñonas con dirección á sus domicilios, un hombre de elevada estatura, envuelto en amplia capa, se apoyaba en una de las vigas que sostenían el sobradillo de la fachada posterior de la casa; la misma exactamente en que algunas horas antes habíase apoyado Bernardo para contemplar los balcones del hotel de Villanueva-Marsán. También el desconocido miraba á los mismos balcones, como lo hiciera el caballero, y de cuando en cuando dejaba de mirar á ellos para interesarse de modo ostensible en lo que ocurría en el salón ocupado por los miñones.

El desconocido no podía ser un simple curioso, ni un soñador, ni tampoco un enamorado. De no impedirlo la sombra que sobre su rostro proyectaban las enormes alas del chambergo con que se cubría, y el elevado cuello de su capa, tal vez hubiera sido posible reconocer en él á algún espía allí apostado por orden de la gran Catalina de Médicis; es decir, todo lo contrario de un Lindoro.

Sin duda llevaba ya algún tiempo de facción en aquel sitio, por cuanto habíale sido posible escuchar íntegramente el virulento apóstrofe lanzado por el caballero de Arma á su entrada en el salón, y aun hubo de murmurar, al mismo tiempo que le sacudía un estremecimiento en el que había mucho de voluptuosidad:

— ¡ Buen temple el del muchacho! Como no se malogre haciéndose matar, tengo para mí que conquis-

tará para el nombre la espléndida aureola que lo rodeaba antaño...

El desconocido pudo aún oír gran tumulto de voces, y luego nada. Este silencio, que hubo de alarmarle al pronto, correspondía al momento en que el hambriento caballero, aceptando la invitación de Chicot habíase arrojado como un buitres sobre los alimentos que le presentaba Fiamma. El hombre de la capa espíó atentamente dicho silencio, persuadido, sin duda, de que no debía prolongarse indefinidamente.

Ya hemos visto en efecto cómo, reconfortado el estómago, y ya en posesión de todas sus facultades, Sed de Amor fué á plantarse de nuevo frente á Rolando, donde alta la frente y cruzado de brazos, esperó una respuesta á sus frases provocativas.

Mirábale Rolando como hombre que sabe apreciar las gentes en su verdadero valor, y pensaba casi en voz alta:

— Lo dicho; si este bergante llevase mi sobreveste y yo su capa, ni la misma Phtah sería capaz de decir cuál de los dos es él y cuál soy yo... Ese extraordinario parecido es de una impudencia imperdonable.

Terminadas sus breves reflexiones preguntó:

— Vamos á ver, joven, ¿eres noble?

— Por Dios que os asaltan singulares escrúpulos para batiros; — dijo con tono sarcástico Sed de Amor. — Vuestra generosa inquietud debió producirse antes de que os decidierais á insultar á los ausentes... En fin, para que veáis mi complacencia, comienzo en decir por segunda vez mi nombre.

Y añadió inclinándose.

— Me llaman Bernardo, caballero de Arma...

— ¡Arma! — exclamó de Entragues. — ¿Has oído bien, Nemours? Esta coincidencia me parece tan singular como... como lo otro. ¡Arma!... ¡Armañac!... El señor es sin disputa de tu familia, y buen gentilhomme, yo lo garantizo.

— ¡Bah! — dijo Maugiron. — Creo que el conde va demasiado lejos... ¿Cómo puede responder de un hombre á quien sin duda no conoce?

El duque Rolando sonreía. Imponiendo silencio á Maugiron con un ademán, preguntó al conde:

— Has de saber Entraguet que para que yo me digne cruzar mi acero con el de ese mozo, necesito una prueba irrecusable de su nobleza; ¿puedes tú autenticarla?

— Sí.

— ¿Cómo?

De Entragues saludó gravemente á Sed de amor, y paseando por los allí presentes una mirada altanera, tendió al joven su mano abierta, exclamando al mismo tiempo:

— De este modo; yo apruebo y admiro la *alta nobleza* de las palabras pronunciadas por el señor caballero de Arma, y consideraría como un gran honor para mí compartir las consecuencias que de ellas pueden derivarse, si es que tiene la bondad de permitírmelo.

Sin vacilar ni un instante, Sed de amor tomó la mano del conde, y la estrechó con calurosa energía, mientras que Chicot exclamaba en voz alta.

— ¡Bien, Entraguet; bien está eso!

Bernardo por su parte acababa de indicar claramente cuánto era su contento de haber juzgado al conde mejor que todos los demás, y que su orgullo no reconocía límites al aceptar la ayuda de una espada que tan graciosamente poníase á su disposición.

Porque hay que advertir que el acto de de Entragues, rebasaba los límites permitidos á los mantenedores de un duelo, constituyendo en cierto modo un nuevo cartel de desafío que debía sumarse al primero.

Así lo comprendió sin duda Maugiron, puesto que se apresuró á declarar:

— Yo he aprobado plenamente á Nemours, — dijo. — Creo que tiene el derecho de hacer de su mujer lo que le venga en gana, y recojo para mí tu guante, Entraguet.

Lanzado así este nuevo insulto, que agravaba, corroborándolo, el primero, la fisonomía de Rolando se cubrió al oírlo de la expresión demoniaca que ya le vimos poco antes. Pero aquello no duró más que un instante. Por un esfuerzo de voluntad que denotaba el dominio que él tenía sobre sí mismo, mostróse de nuevo calmo y sonriente, y al observar la disposición de ánimo de sus amigos, prontos á la lucha, exclamó sonriendo:

— Tranquilízate Entraguet, nos batiremos. Y á fe que de ello me huelgo, pues no hay nada como un duelo para suavizar los nervios después de una noche de fiesta... ¡Ah, sangre de Cristo! Un paseito por el Prado de los Clérigos es la más amena de las distrac-

ciones que podemos ofrecernos á estas horas... ¡A mí, Valois!

— ¡A nosotros, Lorena! — proclamó á su vez el conde.

Y al punto se operó en la sala una división, agrupándose los miñones de Enrique III en torno al duque de Nemours, y los de Enrique de Guisa junto al señor de Balzac y á Sed de amor.

Maugiron preguntó en voz baja al duque:

— Oye, Nemours; si por casualidad dieras un mal paso, porque todo hay que preverlo, ¿qué decides de tu mujer?

— Si tal caso improbable se produce, amigo mío, te la lego; la lego á tus hermosos ojos, que harán de ella una dulce víctima de amor.

Poco habían elevado los dos hombres la voz para decirse lo que antecede; pero no tan poco que Bernardo no consiguiera oír lo que decían. Guardó sin embargo silencio, como si nada hubiera oído. Pero la dura mirada que hubo de dirigir al rubio barbilindo equivalía á una sentencia de muerte.

Los dos grupos se separaron entonces.

— ¡Hasta ahora, señores!

— Hasta ahora.

Salió el duque delante, y tras él los miñones del rey. Juan du Gaz, ebrio, marchaba difícilmente; sin embargo, no se olvidó de mirar apasionadamente á Fiamma antes de desaparecer.

Cuando los miñones de Guisa se hubieron retirado á su vez, Fiamma, sola en el salón, contempló durante

algunos momentos el hueco practicado en el lienzo de pared que diera paso poco antes á Sed de amor. Luego, oprimiendo con la mano su corazón, y sacudiendo la cabeza como para liberarla de ideas infortunadas fué á abrir una de las ventanas.

El desconocido de la capa que vigilaba en el sobradillo, acercóse al oír que abrían la ventana.

— Maestro, — dijo la joven señalando á la sombría fachada del hotel vecino, — la señora marquesa de Villanueva-Marsan está de regreso desde ayer noche; ¿lo sabíais?

— Lo sabía; — respondió el enigmático personaje.

— Háblame del otro... ¿Hiciste lo que te dije?

— Está hecho: os he obedecido.

— ¿Dos gotas?

— Dos, maestro.

— ¿No se ha percatado de nada?

— De nada. Está loco por mí.

— ¿Y el otro? Me refiero al joven loco...

Fiamma se cubrió un momento los ojos.

— El otro, — dijo enseguida — se dirige ahora al Prado de los Clérigos... Maestro, ¡haced que las espadas no le maten!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

EL FRUTO DE LA SANGRE

Como diez y nueve años antes de la época en que comienza esta historia, sucedió que un día, ya bien anochecido, el señor Garrote, propietario de un viñedo en el lugar llamado Barbotan, en el bajo Armañac, viudo y padre de un niño de pocos años, disponíase á reintegrar su humilde cabaña cuando hubo de tropezar en un paquete que le pareció pesado y blando, colocado casi en el umbral de aquella.

Como quiera que tras de la puerta, cerrada con llave, su hijo, que á la sazón contaba como unos seis años, armaba gran ruido llamando al mismo tiempo en su socorro, el buen Garrote, desdeñando por el momento el bulto con que acababa de tropezar, se apresuró á abrir la puerta. Hecho lo cual y encendida una resina examinó con cuidado á su unigénito, quien no tenía daño alguno.